

Los niños soldado de África: ¿un fenómeno singular? Acerca de la necesidad de un enfoque histórico

Jean-Hervé Jézéquel

En estas líneas se coloca en perspectiva a la figura mediática del niño soldado africano: en el recorrido historiográfico, el autor la relaciona con el tema general de la infancia en guerra – que también concierne a América y Europa en diferentes épocas – y muestra la necesidad de elaborar una historia del estatus de la niñez en África.

En el caso de los conflictos africanos, el tema de la niñez en guerra primeramente fue privativo de las organizaciones humanitarias. El interés en esta cuestión es, por cierto, relativamente reciente. Desde los años 1990, África subsahariana estuvo marcada por una larga serie de conflictos civiles (Liberia, Sierra Leona, Somalia, Burundi, Rwanda, “Congo-Brazzaville”, “Congo-Kinshasa”, Sudán, Costa de Marfil, etc.). Para la opinión internacional, el uso masivo de niños soldados constituye una de las características mayores de aquellas crisis africanas del periodo posterior a la guerra fría. De hecho, la imagen del niño africano portando un fusil Kalachnikov más grande que él se convirtió en el símbolo de una violencia típicamente africana, símbolo de una violencia bárbara que rebasa lo aceptable y lo racional para la mirada occidental.

Organizaciones no gubernamentales internacionales como Human Rights Watch, Save the Children o Coalition to Stop the Use of Child Soldiers llevaron a cabo una campaña activa contra el uso de los niños soldados. Si bien estas organizaciones llamaron la atención sobre la participación de niños en los conflictos de América Latina (Colombia), del Cercano Oriente (Palestina) o de Asia (Birmania), a menudo se presenta a África como el continente más afectado por esta “práctica inaceptable”. De esa manera, de los nueve informes emitidos por Human Rights Watch sobre el uso de niños soldados en los últimos diez años, siete conciernen a países de África subsahariana.

Esas campañas humanitarias alentaron y acompañaron la adopción, que llevó a cabo la comunidad internacional, de convenciones que restringen el reclutamiento de menores en situaciones de guerra y que (re)afirman de manera más general los derechos relacionados con la niñez. Si bien desde el Convenio de Ginebra en 1949 se concede una protección especial a los niños en periodo de guerra, el niño soldado penetró en el discurso humanitario internacional sólo a partir de 1977 con los protocolos adicionales. Finalmente, no fue sino hasta 1989 que la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó el Convenio sobre los Derechos del Niño, que constituye hoy día uno de los documentos más ratificados por los Estados miembros. Este cuerpo de convenciones internacionales sufrió su primera prueba seria en el momento de los conflictos que marcaron el continente africano desde los años 1990. Sirvió como fundamento jurídico para la condena de varios actores y movimientos armados que recurrían a menores. El último del cual se tiene noticia es el Lord's Resistance Army (LRA), cuyos dirigentes, tras diecinueve años de combate en Uganda, fueron acusados por la Corte Internacional Criminal (CIC) de crímenes de guerra y especialmente del secuestro y reclutamiento de miles de niños soldados. Este acto de acusación podría crear precedente y servir como apoyo jurídico al ejército ugandés para capturar a los jefes rebeldes refugiados actualmente en el sur de Sudán. El derecho internacional sobre la niñez en guerra constituye uno de los instrumentos que autoriza la recomposición de las relaciones internacionales desde el final de la guerra fría.

Los discursos humanitarios y jurídicos también marcaron la producción del conocimiento sobre la niñez en guerra. Esencialmente, lo orientaron esencialmente a la denuncia de

productores de violencia y de “victimización” de los niños. Esos discursos están moldeados igualmente por enfoques prescriptivos y normativos que sirven de base a la acción de organizaciones humanitarias en el terreno: ¿cómo reintegrar a los niños al tejido social y económico, cómo reinsertarlos en una estructura educativa, cómo ayudarlos a curar sus trastornos psicológicos, cómo restituir una infancia a aquellos a quienes se privó de ella?

Sin embargo, este discurso humanitario sobre la infancia en guerra debe volver a insertarse en un campo discursivo más amplio. Gran parte de los discursos producidos por los actos internacionales sobre los conflictos africanos de las últimas décadas tiende a asimilar a estas crímenes con empresas criminales que tienen como motivaciones principales, si no es que únicas, depredación y la acumulación de riquezas. En este contexto, denunciar el uso de niños soldados como práctica bárbara y criminal también se inscribe en un proceso de despolitización e incriminación de la conflictividad en África. Al subrayar este nexo, no se intenta descalificar el saber producido por los “expertos” relacionados con el mundo humanitario. Parece inútil y a la vez falaz denunciar, como lo han hecho otros, el simplismo o el carácter caricatural de los estudios realizados por esas organizaciones humanitarias. Resulta que, por una parte, éstos se ven ampliamente influidos por imperativos de acción a corto o mediano plazo y, por otra parte, insertan en un registro que criminaliza la violencia africana.

El objeto de este artículo es más que nada historiográfico. No elabora ningún caso de estudio específico y no desvela ningún nuevo enfoque sobre el asunto de los niños soldados. Pretende, de manera más modesta, mostrar en qué medida el saber de la historia, y en particular el de las ciencias sociales, puede alimentar, completar y revisar los discursos humanitarios sobre el tema de la niñez en guerra. Al hacer esto, también aclara los recovecos oscuros o los “no pensados” del saber histórico contemporáneo y apela a nuevas investigaciones sobre la problemática de la infancia en África. Al ser capaz de situar el uso de los niños soldados en dinámicas más amplias y de integrarlo en una historia de la infancia más fina y precisa, el historiador parece tener, en este caso, derecho de expresar su punto de vista. Más allá del tema de los niños soldados, esta contribución apela a los historiadores a concentrarse en una serie de problemáticas que se ha abordado sólo de manera muy superficial y que sin embargo hoy en día merece todo nuestro interés.

Las miradas cruzadas sobre la historia africana y occidental permiten primeramente desarticular los discursos que convierten al niño soldado en una categoría exótica y producto exclusivo de las crisis africanas contemporáneas. Al mirar con detenimiento la historia del continente en un gran lapso de tiempo, se puede a continuación buscar comprender las especificidades del uso de niños en los conflictos contemporáneos. Es el momento de realizar una investigación histórica que reestablezca las continuidades entre tiempos de paz y tiempos de guerra.

El niño soldado, ¿una violencia ajena?

El niño soldado se ha convertido en el símbolo de un continente africano a la deriva, un “corazón en las tinieblas”, decididamente ajeno a la modernidad occidental. Actualmente se convierte en el objeto de una nueva “cruzada humanitaria”, de un neo-intervencionismo occidental que mantiene muchas similitudes moralizadoras con las misiones civilizadoras de los siglos precedentes. Más allá de la sinceridad de los compromisos humanitarios, es necesario comprender que la niñez constituye un reto central en el esfuerzo de legitimación de las intervenciones occidentales en África. Así, la intervención militar y financiera masiva de la comunidad internacional en Sierra Leona, que hoy en día hace de este país un protectorado de Naciones Unidas, en parte se apoyó en la necesidad de aliviar a los niños víctimas del conflicto.

¿Es por ello que el continente africano tiene el triste monopolio del uso de niños soldado y violencia insoportable contra la cual se justificaría el neo intervencionismo occidental? Aquí donde el historiador puede introducir perspectivas comparatistas heurísticas en el debate sobre infancia en guerra. Los discursos humanitarios, anclados en el tiempo presente, convierten al niño soldado en el símbolo de las crisis africanas postcoloniales. Les cuesta trabajo percibir el carácter desgraciadamente “banal” del hecho de “instrumentalizar a la infancia” en tiempos de guerra. Los niños guerreros no son privativos del continente africano, así como tampoco son simplemente expresión de las crisis que hoy en día afectan a los países del sur en su transición hacia modernidad.

Para confirmarlo, no es siquiera necesario remontarse hasta la “cruzada de los niños” a principios del siglo XIII. Sabina Loriga recuerda que en Prusia, “el Kantonsystem que Federico Guillermo 1^o, el rey sargento, introdujo en 1733, obligaba a todo sujeto masculino a seguir una formación militar dos o tres meses al año a partir de la edad de 10 años”. Los historiadores de sociedades occidentales igualmente pusieron en evidencia que, en los grandes conflictos de siglos XIX y XX, el niño fue a la vez autor y víctima específica de violencia en la guerra. En el curso de sus trabajos respectivos, Eleanor Bishop, Emmy Werner y también Dennis Kee subrayaron enfáticamente el papel de los “boys soldiers” en la guerra civil estadounidense. En Francia, las investigaciones de Stéphane Audoin-Rouzeau sobre la Primera Guerra Mundial demuestran qué tanto los niños fueron víctimas de actos de violencia específicos, estas últimas silenciadas rápidamente para evitar acentuar los traumatismos. En Alemania, Guido Knopp escribió una monografía muy interesante sobre el uso de los niños en el ejército nazi. De estos diversos trabajos, resulta que en situación de conflicto, a veces los niños son al mismo tiempo víctimas y actores de violencia. En un contexto de conflicto menos abierto, la historiadora Tara Zahra sacó a luz cómo los nacionalismos checos y alemanes se disputaban a los niños durante el periodo entre las dos guerras, dispuestos a arrancarlos de sus familias en nombre de un derecho de propiedad nacional. En la misma África, la violencia colonial convirtió igualmente al niño en un blanco predilecto. Durante las campañas de pacificación, los oficiales franceses se preocuparon por capturar niños rehenes, de preferencia entre la prole de los dirigentes locales, para enviarlos a la escuela y convertirlos al mensaje colonizador. En el Sudán francés (actual Malí), una de las primeras escuelas creadas por la administración colonial llevó durante mucho tiempo el nombre de “escuela de rehenes”, antes de ser rebautizada “escuela de hijos de jefes” después de la conquista. En el curso de los primeros años de la colonización, mientras que la “campaña de pacificación” aún causaba estragos, la escolarización forzada a través de la requisita administrativa se vio frecuentemente como un rapto. Así, en sus memorias, el antiguo maestro y hombre político nigeriano Boubou Hama cuenta que su propia madre vivió su partida forzada a la escuela como un momento de duelo.

La represión colonial de movimientos de revuelta o contestatarios a veces ponía la mira en los niños de manera muy violenta. En Namibia a principios del siglo XX, las tropas alemanas recibieron la orden de no tratar con indulgencia a nadie entre la población herero: el general alemán Von Trotha solicitó específicamente a sus tropas ejecutar a cualquier niño o mujer herero que saliese del desierto de Kalahari para regresar a las tierras acaparadas por los colonos. En Kenya, a los años 1950, la política de represión de la insurrección Mau Mau apuntó específicamente a los niños kikuyus. A estos últimos los encerraron en campos donde rituales específicos debían limpiarlos del pacto Mau Mau. Para asegurar el retorno a un orden colonial durable, convenía, en mente de las autoridades británicas, “preservar” y “limpiar” a la joven generación kikuyue. En el mismo movimiento Mau Mau enroló a niños pequeños, haciéndoles seguir el ritual del jurame

cuando tenían unos 8 años y asignándoles a continuación papeles diversos (oficina de información, trabajo doméstico en los campos y a veces, combate).

Por consiguiente, el reclutamiento o el hecho de tomar como blanco a los niños en período de guerra no es una especificidad africana, sino que constituye un fenómeno expandido y ampliamente. Sin embargo, el carácter tristemente banal de instrumentar o tomar como blanco a los niños durante periodos de conflicto no debe impedir subrayar y comprender cierto número de especificidades relacionadas con la historia del continente africano.

Por una historia de la infancia africana comprendida en un período de larga duración

El rodeo a través de la historia de las sociedades occidentales y de la historia colonial para comprender qué tanto la violencia que se perpetra a la infancia en guerra en los conflictos africanos no tiene nada completamente singular o, por lo menos, no señala de ninguna manera ningún atavismo bárbaro cualquiera propio de las sociedades africanas. Sin embargo, no hay que olvidar que los niños, actores o víctimas de la violencia, parecen jugar un papel más central en los conflictos de África subsahariana a partir del período posterior a la guerra fría que en otros. Si bien la existencia de los niños soldados no es un hecho nuevo, ésta ocuparía en África un lugar más importante que en otras partes.

Sin embargo, cierto número de autores impugna este hecho, haciendo notar precisamente que el fenómeno de los niños soldados no es una especificidad africana. Lo que cambia, es el discurso que se tiene sobre esos niños. Durante la guerra civil estadounidense o la Primera guerra mundial, la participación de niños soldados se valoraba y aprehendía a través de un registro discursivo bastante específico, aquel del niño héroe. La acción de esos niños se “heroificaba” y su posible muerte se percibía como un sacrificio en el nombre de valores superiores, tales como aquellos vinculados con la nación. En contraste, la participación de los niños combatientes en guerras africanas siempre se aprehende de manera negativa, a través de los registros del niño víctima y de la infancia robada. Ningún valor o interés superior podría legitimar el uso de niños cuyo compromiso guerrero se percibe esencialmente como el resultado de actos de violencia o manipulaciones por parte de los adultos. Las obras de Paul Richards y de Peter Krijn mostraron sin embargo que los niños soldados africanos tienen una conciencia política y que su compromiso guerrero, incluso bajo coacción, a veces refleja una estrategia para asegurar su propia supervivencia o la de sus allegados. Además, mientras que la memoria histórica de las sociedades europeas borra por mucho la violencia que se infligió a los niños, ésta, por el contrario, se sitúa en primer plano en el caso de los conflictos africanos. De esta manera, denunciarla forma parte de una legitimación de las tentaciones intervencionistas de un Occidente gustosamente moralizador, pero de memoria con Reintegrado en la larga historia amplia del concepto occidental sobre el continente, ese tipo de discursos contribuye a reactivar la imagen de un África bárbara, espejo invertido que conforta a las sociedades occidentales en su convicción de que representa una civilización más avanzada. Si bien este tipo de crítica tiene sentido, no es sin embargo exclusivo de otras explicaciones que dan cuenta del empleo de los niños soldados en referencia a ciertas especificidades de la historia africana contemporánea.

Las organizaciones internacionales implicadas en la resolución de los conflictos, por su parte, también trataron de comprender la importancia de los niños soldados en los conflictos de África subsahariana. La difusión de armas ligeras a menudo se presenta como uno de los motivos de reclutamiento de los niños soldados: la posibilidad de tener acceso fácilmente a armas “ligeras” y destructoras como las AK47 explicaría el uso de niños soldados transformables pronto en máquinas para matar, sin importar cual sea su fuerza física. No obstante, algu

especialistas pusieron en duda el argumento, subrayando que las armas contemporáneas no son forzosamente más ligeras que las armas de fuego del siglo XIX. Otro argumento defiende la idea de que los niños ignoran el miedo por inconsciencia, y que es más fácil obtener de ellos una lealtad absoluta. Sin embargo, este argumento, cuya pertinencia no siempre es tan obvia, no permite explicar por qué recurrir a niños soldados en África hoy en día resultaría más fuerte que ayer.

A todas luces, aquí es necesaria la mirada histórica para restituir la dimensión diacrónica de la cual el uso de los niños en los conflictos de África subsahariana toma otro sentido. De manera más específica, parece que no se puede comprender el fenómeno de los niños soldados sin contextualizarlo de nuevo en el marco más amplio de una historia a mediano y largo plazo de la infancia en las sociedades africanas.

Primeramente es necesario recordar que la infancia no es simplemente una categoría biológica, sino que constituye una categoría social cuya historia se expone de manera diferente según que uno se encuentre en Europa o en África. Así, Philippe Ariès sostenía que la percepción de la infancia como estado de inocencia y como una condición aparte de la edad adulta es una representación relativamente reciente propia de la sociedad occidental. A pesar del cuestionamiento al que se vieron sometidos, esos trabajos tuvieron el mérito de sugerir que la infancia era una categoría cuya historicidad era conveniente restituir. De igual modo sigue siendo difícil de aplicar la noción de edad legal que es medular tanto en las sociedades occidentales como en los acuerdos internacionales que limitan el uso de niños soldados, continúa teniendo dificultades al aplicarse en las sociedades africanas. Esta percepción de la infancia probablemente comenzó a penetrar en estas sociedades desde el periodo colonial, pero carecemos de investigaciones para medir los cambios provocados por la yuxtaposición de varias representaciones de la niñez. Las sociedades africanas elaboraron y conservan a menudo sus propias percepciones de la infancia. De los trabajos de antropólogos tales como Mariane Ferme se desprende que la infancia, en África subsahariana, a menudo se asimila con un momento de ambigüedad, con un estado híbrido e inestable. De la misma manera, la relación del niño con la acción guerrera no sufrió las mismas evoluciones. Según Sabi Loriga, en Occidente, el asunto de la edad para los soldados no se planteó sino hasta la segunda mitad del siglo XVII por dos razones esenciales: la elevada tasa de mortandad entre los niños y jóvenes, y las dificultades de los oficiales para disciplinar a sus elementos más jóvenes. En el siglo XIX, “en unos cuantos años, en toda Europa, la niñez habría sido expulsada del ejército en beneficio de sistemas de preparación premilitares distintos [...]. Por lo tanto, la asociación entre la guerra y la “virilidad” juvenil maduró lentamente a lo largo del siglo XIX, para difundirse y consolidarse sólo hasta las primeras décadas del siglo XX.” Más allá de Europa, esta relación renovada entre la infancia y la guerra en Occidente inspiró ampliamente la redacción de convenios internacionales sobre la infancia. Empero, nada permite afirmar que ese fenómeno reciente en Occidente, y que conoció graves infracciones durante los conflictos del siglo XX, haya afectado al continente africano.

La diferencia entre la historia de la infancia en África y en Occidente no se enumera simplemente en términos de representaciones diferenciadas. Las estructuras económicas integran también al niño de manera muy diferente. Desde el final del siglo XIX, las sociedades occidentales tienden a retirar al niño del sistema de producción y lo construyen como consumidor de pleno derecho. En las sociedades africanas, el niño todavía representa una fuerza de trabajo sustancial a la que es importante saber movilizar. Entre otros estudios, el trabajo de Sara Berry sobre transformaciones económicas y la noción de transmisión en las sociedades yoruba muestra de manera contundente que la relación entre niños y padres evoluciona, pero que la percepción del niño como fuerza de trabajo potencial sigue siendo muy fuerte.

Los historiadores también se interesan en las especificidades de la movilización del niño

como fuerza de trabajo en las sociedades africanas. Ciertos autores también subrayan que la trata atlántica de negros privó a numerosas sociedades de su mano de obra y muy tempranamente recurrió al trabajo femenino, pero también al de los niños pequeños, como un requerimiento para hacer frente a las necesidades de la comunidad. Los estragos de la trata de negros podrían explicarse entonces por qué las sociedades africanas hicieron del niño un recurso importante, una fuerza de trabajo o una mano de obra que se puede movilizar tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra. De cualquier manera, el argumento está lejos de ser aceptado por todos los historiadores que estudian la trata transatlántica. Además del hecho de que la esclavitud no afectó a las sociedades africanas de la misma manera ni con la misma acuidad, ciertos historiadores hacen notar que los niños también fueron víctimas de la trata. David Eltis estima, por ejemplo, que entre un cuarto y un tercio de los esclavos exportados hacia el Nuevo Mundo eran niños menores de 14 años. Para Paul Lovejoy, la línea de partición entre los esclavos exportados y aquellos explotados localmente se sitúa más en el plano de género que en el de la edad biológica. Él estima que en el siglo XIX, 70% de los esclavos víctimas de la trata transatlántica eran hombres, y con un número creciente de niños. El desarrollo de la esclavitud en África misma, se relacione o no con la trata transatlántica o no, ha hecho del niño un blanco preferido en las tácticas de captura y movilización de la fuerza de trabajo.

Las obras de Rosalind Shaw sobre la memoria de la esclavitud en Sierra Leona mostraron que las tradiciones orales y los cuentos estaban llenos de esas historias de niños raptados por animales de la sabana. Relatos en los que probablemente reflejan el miedo de ver que los traficantes les arrebatara a sus hijos. Sin embargo, el impacto de la trata atlántica, y más ampliamente de la esclavitud precolonial, sobre el papel de los niños en las sociedades africanas y su posible nexo con las lógicas para instrumentalizar a la infancia en tiempos de paz o de guerra debe estudiarse de manera más detallada. Probablemente se deba hacer distinciones en función de las diferentes sociedades que vivieron la trata de la misma manera. Asimismo, haría falta preguntarse qué tanto constituyó la abolición de la esclavitud una verdadera ruptura para los niños esclavos en el momento de la colonización.

Según los historiadores del trabajo, la abolición de la esclavitud, lejos de ser la simple expresión de una voluntad humanitaria con respecto a África, permitió establecer otras formas de movilización y de explotación de la mano de obra africana, formas más adaptadas a las nuevas economías coloniales. Empero, los estudios que tratan específicamente sobre el trabajo de los niños son raros. Beverly Grier subraya que durante el periodo colonial en Rodesia del Sur (actual Zimbabwe), el uso de la mano de obra infantil constituía un eslabón clave de la economía colonial, ligado en parte a las estructuras de la sociedad patriarcal y facilitado igualmente por la legislación colonial. Hamilton Siphon Simelane llega a conclusiones similares en el caso de la Swazilandia colonial. Desgraciadamente, estos dos estudios son relativamente aislados y se refieren sólo al caso específico de África austral.

Faltan estudios sobre la historia de la infancia en las sociedades africanas precoloniales y coloniales. Fuera de algunos trabajos sobre categorías específicas, tales como los mestizos, o sobre el papel de los niños en la propaganda colonial, el historiador se confronta con un vacío historiográfico. La categoría de los jóvenes ciertamente suscita un interés creciente entre los historiadores africanistas, pero incluso estos últimos rara vez llegan a integrar un estudio específico de la niñez. Hoy en día, esta falta de trabajos alimenta una gran imprecisión y un número de generalizaciones sobre la historia de la infancia en guerra en África. Así, mientras que Oli Furley, fundándose en un estudio de la sociedad Massai, afirma que en África precolonial conoció el fenómeno de los niños soldados, David Rosen estima, a partir del ejemplo de las sociedades Mende, recurrir al niño guerrero es una práctica precolonial ligada a la trata esclavista. En un informe establecido por cuenta del Institute for Security Studies, Tom W. Bennet prod

uno de los raros estudios que cuestionan el recurso de los niños soldado bajo una perspectiva explícitamente histórica. Su artículo, que se basa esencialmente en fuentes secundarias, cuestiona la idea que los niños soldado representen una antigua “tradición africana”. Limitado por sus fuentes autor, sin embargo, distingue con dificultad las categorías de jóvenes adultos, adolescentes y niños lo que restringe gravemente el alcance de su trabajo. En todos los casos, los autores citados anteriormente fundan sus trabajos en estudios de antropología o de historia que no tratan específicamente del tema de la infancia en guerra. Las referencias a la historia de los experimentos contemporáneos resultan ser muy aproximativas, por el hecho mismo de la falta de estudios precisos. Más allá del problema de los niños soldado, hay una necesidad urgente de historia sobre el tema de la niñez en África.

Las dinámicas postcoloniales son quizás un poco mejor conocidas, sobre todo en el caso de los países en guerra. El papel que jugaron los jóvenes combatientes y los niños soldado en esos países efectivamente alentó a los sociólogos, antropólogos y especialistas en ciencias políticas a interrogar la historia reciente. En este sentido, los trabajos de Abdullah Ibrahim y de Patrick Muiya sobre la movilización política de la juventud en Sierra Leona son extremadamente interesantes. Demuestran que el reclutamiento de jóvenes en Sierra Leona durante la guerra civil es una prolongación de una cultura política de la violencia y de una movilización de los jóvenes a manos de la élite política desde los años 1970. Según ellos, el reclutamiento de los niños soldado efectuado por empresarios políticomilitares mantiene similitudes con la movilización de una mano de obra infantil y casi servil en la explotación del diamante sierraleonés en tiempos de paz. Estos trabajos alientan a vincular el caso de los niños soldado con una historia más larga del uso de la mano de obra infantil en las economías africanas coloniales y postcoloniales.

La figura omnipresente del niño soldado, percibida como una aberración de los tiempos modernos, impide ver las continuidades que existen en los actos de violencia que se perpetran en la infancia tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra. Hoy en día, la figura del niño menor, explotado en las minas a cielo abierto de Sierra Leona o del este congolés, no suscita la misma emoción ni la misma movilización internacional que los niños soldado. Sin embargo hay lazos estrechos entre esas dos figuras de la infancia africana.

Finalmente, es necesario que señalemos una corriente de investigación prometedora, que cobra importancia en las ciencias políticas y en la antropología, pero que todavía no ha conquistado realmente los discursos históricos. Investigadores como Paul Richards intentan rebasar los discursos de “victimización” de los niños soldado. Si bien pretenden denunciar los actos de violencia que se perpetran a la infancia en guerra, igualmente buscan demostrar que los niños son verdaderos actores capaces de desplegar sus propias tácticas en un campo de imperantes impuestos por las dinámicas de guerra. A semejanza de los héroes de la película *Turtles can fly* cuya acción se desarrolla en un campo de refugiados en el norte de Irak, los niños aparecen como actores cuyos márgenes de maniobra finalmente resultan ser más importantes que los de las generaciones más antiguas. Las situaciones de guerra están marcadas por fenómenos de inversión, a través de los cuales los mayores pierden su poder sobre los menores y ciudades enteras pasan a manos de bandas de adolescentes no siempre bien controladas por sus jefes. De trabajos precursores tales como los de Christian Geffray, resulta que, para una parte de la juventud mozambicana, el compromiso en el seno de los movimientos armados había constituido una manera de escapar de la marginalización en una sociedad carente de integración económica y social. Estos movimientos armados constituyen verdaderos “cuerpos sociales guerreros”, en los cuales los jóvenes pueden escalar, desde el cautivo hasta el joven soldado, una jerarquía de papeles y de estatus bien definida. Alcinda Honwana extiende este tipo de razonamientos a las categorías más jóvenes entre los combatientes. Sin negar los efectos de dominación y restricción, pone en evidencia que los jóvenes

combatientes “ocupan espacios sociales intersticiales, entre los mundos adultos y juveniles, y condicionan sus estilos de vida. En esos espacios ambivalentes, ellos no carecen de capacidad de acción. Inocentes y culpables a la vez, más bien son actores tácticos.” De hecho, si se leen los relatos de los niños soldados, más allá de la violencia que soportan, no están desprovistos de razón. Ahí se trata probablemente de un oscuro recoveco de la investigación, difícil y delicado de explorar, pero en el cual tal vez esté en juego una mejor comprensión de la participación de los niños y de los adolescentes en los conflictos de África contemporánea. Hoy en día hay una necesidad real de historia para aquellos que se interesan en el asunto de la infancia en guerra en África subsahariana. Esta mirada es necesaria para romper con los enfoques de denuncia y de prescripción de organizaciones humanitarias, enfoques que tienen su importancia pero que a veces entorpecen la real medida del fenómeno. Este enfoque a través de la historia permite primeramente relativizar las pretendidas singularidades de los conflictos africanos y subrayar, desgraciadamente, la trágica banalidad de instrumentalizar a la niñez en guerra. Igualmente, el historiador debe informar sobre el papel y de las formas más específicas de la acción de los niños soldados en los conflictos de los años 1990. Queda mucho camino por recorrer en esta esfera y este artículo sólo subrayó la timidez de los trabajos históricos sobre la infancia, en oposición con la temática de los jóvenes que suscita un número creciente de investigaciones. Aún estamos demasiado desarmados para poder medir el impacto de la trata de negros y de la colonización en las representaciones y la condición de la infancia en África subsahariana. Sin embargo, se puede emitir la hipótesis de que el estudio de los niños soldados tendría mucho que ganar si se le situase bajo una perspectiva a plazo más largo que la fractura entre el tiempo de guerra y el tiempo de paz tal vez oscurece la comprensión del papel y el hecho de instrumentalizar a los niños en las sociedades africanas. En ese sentido, el historiador puede suscitar el interés de las perspectivas humanitarias haciendo notar las sorprendentes continuidades que existen entre la figura del niño soldado en tiempos de guerra y la del niño menor en tiempos de paz.

Jean-Hervé Jézéquel es agregado de historia y doctor del EHESS [École des Hautes Études en Sciences Sociales]. Actualmente es catedrático en la Universidad Emory. Recientemente publicó “Les enseignants comme élite politique en AOF [Afrique Occidentale Française] (1930-1945). De “meneurs de galopins” dans l’arène politique”, Cahiers d’études africaines, 178, 2005.

Traducción de Claudia Riva-Palacio

Revue des revues, sélection de juillet 2006

Jean-Hervé JEZEQUEL : «Les enfants soldats d’Afrique, un phénomène singulier. »
article publié initialement dans la revue *Vingtième siècle. Revue d’histoire*, n°89, janvier-mars
2006.

Traducteurs:

Anglais: Edward Gauvin

Arabe: Hassan Abdel Hamid

Chinois: Yan Suwei

Espagnol: Claudia Riva-Palacio

Russe: Katia Beliavina

Droits:

©La revue *Vingtième siècle. Revue d’histoire* pour la version française

©Edward Gauvin/Bureau du livre de New York pour la version anglaise

©Hassan Abdel Hamid/Centre Français de Culture et de Coopération du Caire – Département
de Traduction et d’Interprétation pour la version arabe

©Yan Suwei/Centre Culturel Français de Pékin pour la version chinoise

©Claudia Riva-Palacio/Institut Français d’Amérique Latine pour la version espagnole

©Katia Beliavina/Centre Culturel Français de Moscou pour la version russe